

## Capítulo 86 - La capital del inframundo, Abaddon

La ciudad de Abaddon se extendía ante Vergil, una vasta metrópolis victoriana en el corazón del Inframundo. El aire denso, con un aroma metálico mezclado con algo que recordaba al azufre, vibraba con los sonidos de las multitudes demoníacas que se afanaban por sus calles sombrías y concurridas. Grandiosos edificios de hierro y piedra negra se alzaban sobre las abarrotadas calles, con sus torres coronadas de agujas perforando el cielo oscuro y opresivo.

Virgilio, con las manos en los bolsillos, caminaba lentamente por la ciudad, observando todo con innegable curiosidad.

Zafiro lo había dejado en medio de la capital demoníaca, alegando que tenía asuntos importantes que atender. Viviane, su sirvienta, debía acompañarlo a su mansión, pero eso no parecía estar en sus planes en ese momento. Se había desviado del camino original, incapaz de contener la curiosidad por la extraña ciudad nueva.

Mientras caminaba, sentía que lo observaban. ¿Le pasaba algo? Bueno, no importaba.

Aún adaptándose a su nueva naturaleza demoníaca, pensó que unas cuantas miradas curiosas no deberían ser motivo de preocupación. Quizás fuera su aura o el hecho de que, incluso en el Inframundo, aún no encajaba del todo. Pero en realidad no le importaba.





"Lo juro... nunca pensé que el Inframundo sería tan... excéntrico..." murmuró, observando cómo el mundo se desplegaba ante él.

La capital, Abaddon, podría describirse como un caos organizado. Las calles estaban repletas de tiendas, tabernas e incluso mercados al aire libre que vendían de todo, desde armas malditas hasta artefactos mágicos y objetos arcanos de dudosa procedencia. Las criaturas que pasaban variaban entre formas humanoides, figuras bestiales y seres grotescos. Algunos demonios tenían cuernos que brillaban a la luz de las antorchas, mientras que otros tenían ojos de fuego que parecían penetrar en el alma de cualquiera que se cruzara en su camino.

¿Pero Vergil? Bueno, aparte de su aura, parecía un Demonio Noble. Demonios con los rasgos más humanos. Tienen la piel más clara, el cabello más sedoso, los ojos más vibrantes e incluso sus auras son más puras. Quizás eso era lo que hacía que esos tipos lo miraran fijamente... Si tan solo lo supiera.

Al doblar una esquina, Vergil se topó con una plaza abierta. En el centro se alzaba la enorme estatua de un guerrero demoníaco que blandía una espada gigantesca, aparentemente vigilando a todos los que pasaban. La base de la estatua estaba rodeada de demonios más pequeños, probablemente habitantes de la ciudad, que conversaban en voz baja y conspirativa. Un fuerte olor a carne asada y especias le inundó las fosas nasales, haciéndole rugir el estómago.

"Interesante..." murmuró Vergil para sí mismo, mientras miraba a su alrededor, absorbiendo cada detalle de este nuevo mundo.

Continuó caminando por las calles, atraído hacia una tienda que parecía vender libros. La fachada era de madera vieja, intrincadamente tallada con criaturas que parecían sacadas de una pesadilla. Vergil entró, inhalando el aroma de páginas antiguas y magia que impregnaba el aire.





El interior era tan extraño como el exterior: estanterías llenas de grimorios y tomos demoníacos, iluminadas por las titilantes llamas azules de las velas.

El tendero, un viejo demonio de ojos brillantes, observaba a Vergil con discreta curiosidad, pero no dijo nada. Vergil repasó los títulos en idiomas que no comprendía, pero algo en su interior le resultaba extrañamente familiar. No pudo resistirse y cogió un libro de tapa negra, sintiendo una oleada de energía recorrerle las manos.

"¿Te atrae lo desconocido, muchacho?", resonó la voz del tendero, áspera y profunda. "Estos libros son para quienes no temen perder el alma."

Vergil sonrió levemente. "Ya vendí mi alma... Solo estoy disfrutando del viaje."

El tendero rió, sus afilados dientes brillando a la luz de las velas. «Bienvenido a Abaddon, entonces».

Vergil no compró nada, pero al salir de la tienda, sintió que algo en su interior despertaba. No sabía qué era, pero percibía una conexión creciente con este mundo oscuro.

De vuelta en la calle, notó que algo había cambiado. Un pequeño grupo de demonios lo observaba a la distancia, murmurando entre ellos. Vergil frunció el ceño, pero siguió caminando, intentando ignorar sus miradas.

Decidió tomar otra calle, un callejón estrecho que parecía menos concurrido. Las sombras eran más densas allí, y las paredes parecían susurrar secretos. Mientras caminaba, el sonido de sus pasos resonó en la calle adoquinada, y una extraña sensación comenzó a formarse en el aire. Vergil sintió el familiar escalofrío del peligro subiendo por su espalda.





De repente, una figura emergió de las sombras. Un demonio alto, con cuernos retorcidos y ojos brillantes como brasas, le bloqueó el paso. Sonrió, revelando hileras de dientes afilados.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —La voz del demonio era baja y amenazante—. Parece que nadie te ha explicado las reglas del Inframundo.

Vergil permaneció tranquilo, con la mirada fija en el demonio frente a él. "¿Reglas? Creía que el Inframundo era un lugar sin reglas. ¿De qué hablas, idiota?", preguntó, imperturbable.

El demonio rió, y su alegría resonó en las paredes. "Para algunos, quizá. Pero tú... tú eres noble, ¿verdad? ¿Por qué no empiezas a entregarnos todo y te arrodillas?"

Sin previo aviso, el demonio se abalanzó, con las manos extendidas como garras. Vergil, reaccionando por puro instinto, esquivó el ataque con un movimiento ágil. En realidad, la forma en que el demonio atacó fue algo ridícula, así que simplemente respondió con la misma moneda. Contraatacó con un puñetazo directo al estómago del demonio, que lo hizo caer hacia atrás por la fuerza del golpe.



"Impresionante", dijo el demonio, levantándose con una sonrisa. "Pero eso solo lo hace más interesante".

Antes de que Vergil pudiera responder, más figuras emergieron de las sombras, rodeándolo. Había al menos cinco demonios, todos sonriendo con malicia. El grupo avanzó al unísono, y Vergil supo que no podría evitar la pelea.

—Oh... nunca he peleado contra cinco a la vez... —Su sangre comenzó a hervir y sintió que la energía demoníaca crecía dentro de él.



Peleó con agilidad y fuerza, sus golpes rápidos y precisos, pero los demonios eran implacables. La batalla se convirtió en una danza caótica de puñetazos,

patadas y esquivas mientras Vergil intentaba evitar ser completamente rodeado.

Pero algo extraño ocurrió. En medio de la pelea, una nueva fuerza comenzó a manifestarse dentro de Vergil, una energía como nunca antes había sentido. Era como si el mismísimo Inframundo intentara conectar con él. Sus movimientos se volvieron más rápidos y fuertes, y sus oponentes comenzaron a notar la diferencia.

Uno de los demonios dudó, y su mirada de desdén se transformó en algo que Vergil solo pudo describir como miedo. "¿Qué... eres...?", murmuró el demonio antes de estrellarse contra la pared con un golpe devastador.

"Son aburridos", dijo Vergil antes de que todos los cuerpos cayeran, cortados al suelo con un movimiento de su mano. Vergil se miró las manos, dándose cuenta de que había vuelto a suceder... Sintió algo diferente en su interior, una fuerza latiendo por sus venas, y de repente... todos estaban muertos.

"Tsk, qué fastidio..." gruñó.

De repente, una voz suave sonó tras él. "¡Te dije que no te metieras en problemas! ¿Por qué nunca me escuchas, maestro idiota?"

Vergil se giró y vio a Viviane de pie en la entrada del callejón, con la mirada nerviosa y analítica. Caminó hacia él, tan torpe como siempre, con pasos pesados, como si no le importara en absoluto el caos que los rodeaba.





¡Tienes que venir conmigo! ¡Sapphire me va a matar! ¿Quieres matarme? ¡No, no respondas! ¡Vas a decir que sí! ¡Te conozco! —Hizo un pequeño berrinche—. ¿Por qué los mataste? ¡Solo eran papas fritas!

—Bueno —dijo Vergil, limpiándose la sangre que le salpicó la cara al cortarse—. Parece que esta ciudad no es muy acogedora con los forasteros, y no voy a dejar que nadie intente pisotearme.

Viviane suspiró, cruzándose de brazos. «Has llamado la atención, Maestro. ¡No deberías haberte desviado! Ahora estamos en los callejones; aquí, todos los demonios quieren matar nobles. Por eso ese tipo te atacó».

"Es como dicen... la curiosidad mató al gato, pero..." Se encogió de hombros, con una sonrisa traviesa en los labios. "No soy exactamente un gato."

"Genial, justo lo que necesitábamos, una frase típica de villano. En serio, has estado consumiendo demasiada basura, ¿verdad?", dijo Viviane, llevándose una mano a la frente, exasperada. "Vamos, Katharina y Roxanne deben estar preocupadas. ¿Van a dejar a sus esposas en apuros?"



Vergil arqueó una ceja, divertido por su preocupación. «Preocuparse es lo que mejor saben hacer. Y yo no soy un noble cualquiera. Tengo habilidades que pueden ayudarme a defenderme».

Viviane lo miró con una mezcla de desaprobación y preocupación. «No se trata de habilidades, sino de prudencia. Abbadon no es un lugar para vagar sin un plan. Puede que tengas poderes, pero sigues siendo un novato en este mundo».

—Quizás soy un novato —admitió Vergil mientras caminaban por un callejón más estrecho—, pero sigo siendo un demonio. Además, me gusta mucho meterme en problemas.



Puso los ojos en blanco, pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "Eres insoportable, ¿lo sabes? Pero eso es lo que te hace... interesante".

Vergil la observó un momento, sorprendido por su sinceridad. "Sí, me gusta pensar que tengo ese efecto en la gente".

"Diría que es más bien un efecto secundario", respondió Viviane con un toque de sarcasmo. "Pero vámonos, tenemos que volver. Lo último que queremos es que sus esposas monten un escándalo. Pueden ser más peligrosas que cualquier demonio de por aquí".

